

del esperpento hay que considerar algunos ejemplos como el que ofrece la marquesa de Vegallana cuando va a buscar a la Regenta para ir al teatro, o la imagen de doña Paula contando el dinero en la trastienda de *La Cruz Roja*¹⁰, así como esos bultos negros, esas moscas de verano que constituyen las beatas confesando en la capilla del Magistral. Pero, sin lugar a dudas, una de las descripciones más curiosas es la que Clarín nos hace de doña Anuncia Ozores, ya que en ella nos ofrece una buena muestra de la técnica del perspectivismo, que tan prodigiosamente maneja a lo largo del libro.

Ante la falta de interés de Ana por don Frutos Redondo, «doña Anuncia no necesitó más para dar rienda suelta al basilisco que llevaba dentro de sus entrañas. Su sombra, en las sombras de la pared, parecía ahora la de una bruja gigantesca; otras veces, multiplicándose por los saltos de la llama y por los saltos y contorsiones de la vieja, figuraba todo el infierno desencadenado; había momentos en que la sombra de la señorita de Ozores tenía tres cabezas en la pared y tres o cuatro en el techo, y se diría que de todas ellas salían gritos y alaridos...»¹¹.

II

En el manejo de la ironía juega un importante papel el conjunto de aclaraciones, precisiones o acotaciones que el narrador va haciendo a lo largo de la obra, y que cumplen muy diferentes fines, como tendremos oportunidad de ver en seguida.

Por un lado, nos encontramos con que en algunas ocasiones se hace necesario manejar esta técnica para aclarar algunas palabras o frases que el lector podría no entender. Lo más habitual es que nos las ofrezca entre paréntesis, aunque también las hay entre guiones o, simplemente, separadas por una coma. Así, tenemos ocasión de enterarnos de que en *Vetusta a los delanteros* de diligencia se les considera *de la tralla*, o de que para Bismarck los curas son *carcas*.

El uso de los paréntesis no se reduce a esta función, sino que le sirven para apuntar algunas otras cosas en la línea del narrador omnisciente en que está compuesta la novela. De este modo él puede decirnos cómo don Custodio pudo averiguar, escuchando tras una puerta, que la Regenta iba a ser confesada por don Fermín, e incluso suele saber lo que quieren decir los personajes, tal y como sucede con algunas afirmaciones del marqués de Vegallana:

«Señor mío, *distingue tempora...* (no quería decir eso) no tergiversemos, no involucremos, *post hoc ergo propter hoc* (tampoco quería decir eso)»¹².

En algún momento, estas acotaciones tienen mucho en común con el uso que de ellas se hace en el teatro. Un ejemplo nos lo ofrece aquel pasaje en el que un grupo de socios del Casino comenta la noticia del duelo entre Mesía y Quintanar, aprovechando Orgaz padre para escenificar la forma en que él llevaría a cabo un duelo. Es entonces cuando el narrador parece más un autor de teatro que un novelista. La

¹⁰ Cfr., respectivamente, el capítulo X, pág. 434, y el capítulo XV, pág. 629.

¹¹ Vid. págs. 297-298.

¹² *Ibidem*, pág. 369.

consideración de episodio dramático se acrecienta con los «bravos» y los aplausos de los eventuales espectadores ¹³.

Hay veces en que esas aclaraciones son única y exclusivamente fruto de una ironía humorística. Parece que el narrador quisiera reírse o burlarse un poco, sin que por ello haya que pensar en una intención satírica o crítica. Este puede ser el caso de la explicación que nos da a propósito del apodo de Frígilis con que se conoce a don Tomás Crespo, porque en una ocasión confundió «frígilis» con «frágiles». Igual sucede cuando nos habla del juego conocido como «cachipote», un juego en sí mismo inocente, pero al que Obdulia, Paco, Visita, etcétera, dotaban de una gran malicia, aprovechando para conseguir esos contactos corporales a que eran tan aficionados, incluso en la iglesia. Por eso escribe el narrador que «la verdad histórica exige que se declare, por más que parezca inverosímil, que muy a menudo aquellos *chicos* que corrían como locos todos juntos por la estrecha galería, huyendo del látigo, caían en confuso montón, mientras el zurriago les medía las espaldas» ¹⁴.

Otras veces las precisiones son más extensas y sirven para explicitar y poner en su justo punto las opiniones o consideraciones vertidas en torno a algún personaje. Cuando se supo que don Carlos Ozores se hizo republicano y ateo, toda la clase de Vetusta acudió a dar su pésame a las hermanas, que ya le daban por muerto. Ante este despiadado ataque, el narrador se ve en la obligación de aclarar el liberalismo de Ozores. Con ciertos tintes irónicos nos describe a un hombre algo tonto, buen matemático, romántico, con ciertas contradicciones, algo imprudente, un tanto ignorante y, en resumen, simpático. Todo esto hubiera sido aceptable, de no haber influido en la educación de su pobre hija, a la que dejó en manos de un aya despiadada, y que es descrita como «una española inglesa que en nada se parecía a la de Cervantes, pues no tenía encantos morales y de los corporales, si de alguno disponía, hacía mal uso» ¹⁵.

Esta breve definición de doña Camila nos sirve para iniciar el comentario de otro tipo de aclaraciones hechas por el narrador, entendiendo a éste siempre como portavoz de Leopoldo Alas. Como hemos tenido ocasión de comprobar, cuando se trata de personas que no resultan nocivas para otras, cuanto todo se limita a ligeros desatinos intrascendentes, se aprecia un cierto tono desenfadado y casi de disculpa en el autor. No ocurre lo mismo en el caso de personas cuyas actuaciones están marcadas por un interés sucio o cuando la envidia, el egoísmo, el odio... van a redundar en perjuicio de algún otro. En estas ocasiones la ironía graciosa deja paso a la dura sátira y el narrador no se ahorra ningún calificativo, por duro que pueda resultar.

Uno de los objetivos que mejor se prestan a consideración es el Magistral, a quien se va tratando con crudeza y sarcasmo ya desde el inicio mismo de la obra. Los comentarios respecto a sus actitudes, gestos o palabras no son nada eufemísticos y gracias a ello vamos haciéndonos la imagen perfecta de su persona. Sus mentiras quedan claramente catalogadas como tales, por ejemplo en el momento de rechazar la invitación a comer que le hacen en casa de don Francisco Páez. Su amor físico por

¹³ Cfr. Capítulo XXX, pág. 560.

¹⁴ Vid. pág. 481, tomo II.

¹⁵ *Ibidem*, págs. 232-233.

Ana no escapa a nuestros ojos, por mucho que él quiera engañarse y no declararlo abiertamente. Pero quizá uno de los más duros ataques aparece cuando Petra confiesa al magistral las visitas nocturnas de Alvaro y ambos confabulan para abrir los ojos al infeliz de Quintanar. Se nos habla entonces de «dos criminales apasionados» que buscan la venganza y el crimen y que «se fueron acercando al infame convenio, a la intriga asquerosa y vil; al principio fingiendo pulcritud, invocando santos intereses, después olvidando estas fórmulas»¹⁶.

Igual actitud merecen los habitantes de Vetusta, esos hipócritas que estaban escandalizados con Ana y que fingían ocultar el placer y el recogijo que el duelo y la caída de la Regenta les producía, a la vez que se dedicaban a echar lodo sobre la viuda. Eso es lo que ocurre con los Orgaz, Ronzal, Obdulia, Visita, etcétera. Por cierto que el marqués no se conforma con esto, sino que se permite criticar duramente al difunto Víctor, y precisamente lo hace quien, como irónica y agriamente se nos apunta, «tenía en la aldea todos sus hijos ilegítimos».

Todo lo expuesto nos lleva a apuntar otra cuestión que también señala muy bien el narrador: el contraste entre lo que se dice y lo que se piensa, entre la apariencia y la realidad, buena muestra de lo cual es la comida en casa de los marqueses. Ahí puede verse muy bien el carácter de los vetustenses:

«La aparente cordialidad y la alegría expansiva de todos los presentes ocultaban un fondo de rencores y envidias. Aquellas señoras, clérigos y caballeros particulares estaban divididos en dos bandos enemigos en aquel instante: el bando de los envidiados y el de los envidiosos; el de los convidados a comer, que eran pocos, y el de los no convidados»¹⁷.

Esa hipocresía, ese fingimiento, llega al extremo de aprovechar a un moribundo como arma arrojadiza contra enemigos políticos o religiosos. Pero ahí queda todo; para el enfermo ningún asomo de ayuda ni de compasión, a pesar de que todos ellos aseguran que se preocupan mucho por él. Foja hace apasionadas defensas del pobre Santos Barinaga, mientras que le sirve de pretexto para atacar al Magistral. En cambio no se le ocurre mandarle una mísera gallina para el alivio de su inanición. E igual que él actuaban los demás, que no se atrevían a dejarle una limosna «por no defender la susceptibilidad del enfermo».

III

Un capítulo singularmente atractivo lo constituye lo que se podría denominar como ironías del destino, de la suerte. Sucede que en muchos casos los personajes actúan de una determinada forma, con la convicción de que eso es lo mejor para sus intereses personales, sociales o familiares, y finalmente acontecerá que los resultados son muy diferentes de los esperados. Consiguientemente parece que existiera una fuerza suprahumana —llámese destino, fatalidad o como se quiera— que va marcando o guiando irreversiblemente a aquéllos. La ironía se manifiesta, entonces, en ese contraste, muchas veces burlón y humorístico, entre propósitos y conclusiones.

¹⁶ *Ibidem*, pág. 519, tomo II.

¹⁷ *Ibidem*, págs. 552-553.

Don Víctor Quintanar presume ante su amigo Frígilis de que él nunca se verá en la tesitura de un marido engañado como los de las obras de Lope y Calderón. Confía plenamente en su mujer, mas si ésta cayese en adulterio las atrocidades del marido serían tales que dignamente podrían figurar en décimas calderonianas. Esto, que se comenta de pasada en el capítulo III, se verá confirmado en los capítulos XIX y XXX. Y, curiosamente, cuando tiene a Alvaro ante el cañón de su escopeta, le falta carácter y decisión para disparar. Su única reacción es la de sentirse viejo, hundido e impotente. Será más tarde, gracias a la maldad del Magistral, cuando promueva un duelo a muerte, momento en que también se manifiesta esa ironía, ya que, mientras él no quiere matar a Alvaro y dispara al pantalón, el otro le da en la vejiga, que lamentablemente estaba llena.

Pero no se queda aquí ese influjo del destino. En repetidas ocasiones, el propio ex regente había ido facilitando al amante muchos datos y pistas sobre sus costumbres, horarios, etcétera, e incluso una vez llegó a pedirle que buscara un seductor para su mujer. Estas, que eran unas simples palabras fruto del enfado y el ridículo por la obstinada decisión de ir vestida de nazarena en la procesión del Viernes Santo, van a caer justamente en manos de quien ya la estaba seduciendo sin ningún interés amistoso ni colaboracionista. Por eso, irónicamente, el narrador enmarca la petición de Quintanar con un ruido de tambores y platillos; su suerte ha quedado firmada con la sentencia pronunciada por Mesía que, por amistad, se ofrece para llevar a cabo dicha seducción.

Los cambios que pueden producirse merced al destino son tan llamativos como el ocurrido en el casino con la persona de don Pompeyo Guimarán. Este ateo librepensador iba siendo, poco a poco, marginado por los demás socios, aburridos ya de sus discursos y de sus ataques contra el clero. Este proceso concluye con la celebración del vigésimo quinto aniversario de la subida al papado de Pío IX, para lo que se ilumina la fachada y se cuelgan los tapices de gala, lo que va a motivar la dimisión de Guimarán. Esto, que había sido una derrota, se convirtió rápidamente en victoria, a raíz de que Alvaro consiguiese sacar adelante su propuesta para que, en lo sucesivo, no se volviese a engalanar más el casino con ocasión de festividades religiosas. «¡Había triunfado al cabo don Pompeyo Guimarán!»¹⁸.

El propio narrador alude expresamente a la ironía de la suerte. Así, define varios episodios de la obra, en concreto referidos a la persona del Magistral y de Víctor Quintanar. Este último se ve en la obligación moral de disparar contra Alvaro, contra el hombre que había hecho feliz a Ana —preocupación y motivo central de la vida del ex regente—. Pensando que diez años antes todo hubiese podido ser distinto y que él, ahora, estaría tan feliz en su pueblo natal, no puede dejar de pensar en lo amarga que era la ironía de la suerte.

Otro tanto le sucede a Fermín cuando Petra se le insinúa y pone a su alcance los encantos de una hembra apasionada. El sacerdote se da cuenta de cuán diferentes eran sus planes y sus miras. El narrador transcribe los pensamientos que cruzan por su mente y lo hace con los siguientes términos:

¹⁸ *Ibidem*, pág. 221, tomo II.